

generales de la evolución de las artes mostraremos con más precisión aún la sucesión de los cambios que se operan en los elementos fundamentales de una civilización cuando pasan de un pueblo á otro.

CAPÍTULO III

CÓMO SE TRANSFORMAN LAS ARTES

Aplicación de los principios precedentemente expuestos al estudio de la evolución de las artes en los pueblos orientales.—El Egipto.—Ideas religiosas de donde sus artes se derivan.—Lo que cambian sus artes, transportadas á razas diferentes: etiópica, griegos, persas.—Inferioridad primitiva del arte griego.—Lentitud de su evolución.—Adopción y evolución en Persia del arte griego, del arte egipcio y del arte asirio.—Transformaciones experimentadas por las artes dependientes de la raza, y nunca de las creencias religiosas.—Ejemplos que suministran las grandes transformaciones experimentadas por el arte árabe, según las razas que han adoptado el islamismo.—Aplicación de nuestros principios á la indagación de los orígenes y de la evolución de las artes de la India.—La India y la Grecia han tenido las mismas fuentes, pero á causa de la diferencia de razas que hay entre ellas han llegado sus artes á no parecerse.—Transformaciones inmensas que la arquitectura ha experimentado en la India, según las múltiples razas y no obstante la semejanza de creencias que hay entre ellas.

Examinando las relaciones que ligan la constitución mental de los pueblos, sus instituciones, sus creencias y su lengua, debo limitarme á breves indicaciones. Para tratar debidamente tales asuntos, es necesario llenar varios volúmenes.

En lo que concierne á las artes es mucho más fácil hacer una exposición breve y clara. Una insti-

tución ó una creencia son cosas de dudosa definición, de interpretación obscura. Es necesario buscar las realidades transformadas en cada época, entre textos muertos, darse á un trabajo de argumentación y de crítica, para llegar á obtener conclusiones nunca del todo definitivas. Los libros de piedra son de todos los más luminosos, los únicos que no mienten jamás, y por esto mismo les he dado un lugar preferente en mis obras sobre la historia de las civilizaciones del Oriente. Yo he sentido siempre una gran desconfianza respecto á los documentos literarios, los cuales con frecuencia conducen á error y rara vez instruyen. El monumento no equivoca, é instruye siempre. Ellos guardan, mejor que otro medio alguno, el pensamiento de los pueblos muertos. Para no creerlo así, es necesario tener la ceguera mental de los especialistas, que sólo buscan inscripciones.

Estudiemos, pues, ahora, cómo las artes son la expresión de la constitución mental de un pueblo, y cómo se transforman pasando de una civilización á otra.

En este examen sólo me ocuparé de las artes orientales. El génesis y la transformación de las artes europeas han sido sometidos á leyes idénticas; mas para mostrar su evolución en las diferentes razas es necesario entrar en detalles que nos llevarían fuera del marco restringido de este estudio.

Tomemos para comenzar las artes de Egipto, y

veremos lo que se han transformado desde mucho tiempo ha, pasando sucesivamente á través del espíritu de tres razas distintas: los negros de la Etiopía, los griegos y los persas.

De todas las civilizaciones que han florecido sobre la superficie del Globo es la de Egipto la que se ha traducido completamente en sus artes. En ellas se ha expresado con tanta fuerza y claridad, que los tipos artísticos nacidos en las orillas del Nilo no pueden convenir más que á ella sólo, y no han sido adoptados por otros pueblos sino haciéndoles sufrir intensas transformaciones.

Las artes egipcias, la arquitectura sobre todo, son derivadas de un ideal particular que, durante cincuenta siglos, fué la preocupación constante de todo un pueblo. El Egipto se cuida de preparar al hombre una morada imperecedera para después de su efímera existencia. Esta raza, á diferencia de tantas otras, ha despreciado la vida y se ha cuidado de la muerte. Lo que sobre todo le interesa es la inerte momia, cuyos ojos de esmalte, incrustados en su máscara de oro, contemplan eternamente, en el fondo de su negra morada, misteriosos gero-glíficos. Al abrigo de toda profanación, en su amplia mansión sepulcral, esta momia encuentra pintado y esculpido sobre las paredes de extensos corredores, cuanto le había sido grato durante su breve existencia terrestre á la persona de quien ella procede.

La arquitectura egipcia es sobre todo una arquitectura funeraria y religiosa, teniendo por fin la momia y los dioses. Es por esto precisamente por lo que se abren y cruzan los subterráneos, se levantan los obeliscos, los propíleos, las pirámides; por esto, por lo que los colosos pensativos se yerguen sobre sus tronos de piedra con tan majestuoso y dulce gesto.

Todo es duradero y macizo en esta arquitectura, porque aspira á ser eterno. Si los egipcios fueran el único pueblo de la antigüedad que conociésemos, podríamos sentar el principio de que el arte es la más fiel expresión del alma de la raza que le da vida.

Pueblos muy diferentes unos de otros: los etíopes, raza inferior; los griegos y los persas, razas superiores, han recibido, sea del Egipto solamente, sea de éste y la Asiria, sus artes. Veamos lo que han venido á ser en las respectivas manos de estas tres razas.

Tomemos primeramente al más inferior de los tres pueblos citados, los etíopes.

Se sabe que en una época muy avanzada de la historia egipcia (dinastía XXIV), los pueblos del Sudán, aprovechándose de la anarquía y la decadencia que reinaban en Egipto, se apoderaron de algunas de sus provincias y fundaron un reino que tuvo sucesivamente á Napta y Meroe por capitales, y que conservó su independencia durante mu-

chos siglos. Influidos por la civilización de los vencidos, trataron de copiar sus monumentos y sus artes; pero estas copias no fueron casi nunca más que groseros remedos. Los negros son bárbaros cuya inferioridad cerebral les condena á no salir nunca de la barbarie, y no obstante la acción civilizadora de los egipcios, ejercida sobre ellos durante muchos siglos, continuaron sumidos en su barbarie primitiva. No hay ejemplo alguno, ni en la historia antigua, ni en los modernos tiempos, de que un pueblo negro se haya elevado á cierto nivel de civilización; y siempre que por uno de esos accidentes en la antigüedad producidos en Etiopía y en nuestros tiempos en Aiti, una civilización elevada ha caído en manos de los negros, ha sido rápidamente degradada y conducida á una decadencia de manifestaciones de lo más inferior y miserable.

Bajo una latitud muy distinta, otra raza bárbara también, pero blanca, la de los griegos, toma del Egipto y de la Asiria los primeros modelos de sus artes, y al principio se limita á hacer de ellos asimismo groseras copias. Los productos de las artes de las dos grandes civilizaciones, la egipcia y la asiria, le fueron suministrados por los fenicios, dueños de las vías marítimas que enlazaban las costas europeas del Mediterráneo con las del Asia Menor, y concedores de los caminos que conducían á Nínive y Babilonia.

Nadie ignora hasta qué punto los griegos acabaron por elevarse por encima de sus modelos, pero la arqueología moderna también ha probado cuán groseras fueron sus primitivas imitaciones y que necesitaron varios siglos para llegar á producir las obras maestras que les han inmortalizado.

A esta larga labor de formar un arte personal y superior de un arte extranjero, los griegos consagraron alrededor de setecientos años; pero el progreso realizado en los últimos siglos de éstos es proporcionalmente mucho más considerable que el anteriormente realizado. Lo que es más lento de conseguir para un pueblo no son las etapas superiores, sino las inferiores. Los productos más antiguos del arte griego, los del Tesoro de Mecenas, del siglo XII antes de nuestra Era, sólo son bárbaros ensayos, copias groseras de las de artes orientales; seis siglos más tarde, el arte es aún bastante oriental: el Apolo de Tenea y el de Orcomene semejan estatuas egipcias; pero los progresos van pronto á ser muy rápidos: un siglo más tarde aparece Fidias y se producen las maravillosas estatuas del Partenón; es decir, un arte separado de sus orígenes orientales y muy superior á los modelos en que durante tan largo tiempo se inspirara.

Lo mismo sucedió con la arquitectura, si bien las etapas de su evolución son más fáciles de señalar. Ignoramos cómo serían los palacios de los poemas homéricos, escritos hacia el siglo IX antes

de J. C.; pero los muros de bronce, las techumbres de brillantes colores, los animales de oro y de plata que guardaban los puertas, de todo lo cual nos habla el poeta, hacen recordar los palacios asirios revestidos de placas de bronce y de ladrillos esmaltados, y guardado, por toros esculpidos. Sabemos que el tipo más antiguo de colonias dóricas griegas, que parece remontarse al siglo VII antes de nuestra Era, se hallaba en Egipto: en Karnak y Beni-Hasan; que la colonia jónica debe mucha parte de sus elementos de civilización á la Asiria, y sabemos también que de los elementos entre sí extraños, un poco superpuestos al principio, fusionados luego y transformados al fin, nacen nuevas colonias muy diferentes de sus primitivos modelos.

En otro extremo del antiguo mundo, los persas nos ofrecen una adopción y una evolución análogas; pero una evolución que no ha podido llegar á su término, porque ha sido bruscamente contenida por la conquista extranjera. La Persia no necesitó el transcurso de siete siglos, sino el de dos nada más, para crearse un arte personal. Después de ellos, sólo un pueblo, el árabe, ha conseguido tener un arte propio, en tan corto espacio de tiempo.

La historia de la civilización persa no comienza casi hasta el tiempo de Ciro y sus sucesores, que consiguieron, cinco siglos a. de J. C., apoderarse

de Babilonia y Egipto; es decir, de dos grandes centros de civilización, cuya gloria esclarece al mundo oriental. Los griegos que habrían de dominarlos no figuraban allí aún. El imperio persa vino á ser el centro de la civilización, hasta que tres siglos antes de la Era cristiana fué destruído por Alejandro, que á la vez concluye así con el centro de la civilización del mundo. No poseían ningún arte los persas cuando ellos se apoderaron del Egipto y Babilonia, de donde tomaron los artistas y los modelos.

Su poderío no había durado más que dos siglos, y, por tanto, no tuvieron tiempo de modificar profundamente sus artes; pero cuando fueron dominados por el macedonio, les habían impreso una modificación bien perceptible. Las ruinas de Persépolis muestran el origen de esta transformación. Hallaremos, sin duda, la fusión ó más bien la superposición de las artes de Egipto y de Asiria mezclada á algunos elementos griegos; pero nuevos elementos, especialmente la alta columna persepólita y los capiteles bicéfalos, muéstranse allá y hacen presentir que si los griegos no hubiesen venido á cortar con la conquista el desenvolvimiento de la civilización del pueblo persa, éste hubiese llegado á tener un arte tan personal, ya que no tan elevado, como el de Grecia.

Hallaremos la prueba de lo dicho si consideramos los monumentos de la Persia, de diez siglos después de aquella conquista. A la dinastía de los

Aqueménidas, destronada por Alejandro, sucedió la de los Seleucidas, á ésta la de los Arsácidas, á la cual siguió la de los Sasánidas, derrocada el siglo VII por los árabes. Con éstos la Persia adquiere una arquitectura nueva; y luego, cuando allí se edifican nuevos monumentos, tienen un sello de originalidad indiscutible, resultante de la combinación del arte árabe con la antigua arquitectura aqueménida, modificado por su combinación con el arte helénico de los Arsácidas (portadas gigantes colocadas alrededor de la fachada, ladrillos esmaltados, arcadas ojivales, etc.). Tal fué el arte nuevo que los mogoles habían pronto de transportar á la India modificándole á su vez.

En los ejemplos que preceden hallamos los diferentes grados de transformación que un pueblo puede imprimir á las artes de otro, según su raza y según el tiempo que haya podido dedicar á esta transformación.

En una raza inferior, la etiópica, hemos visto cómo pasan los siglos sobre su vida y, debido sin duda alguna á su menguada capacidad cerebral, el arte recibido de una alta civilización, degradó rápida é intensamente. En una raza superior, la griega, hemos visto cómo un viejo y extranjero arte se ha ido transformando en nuevo y nacional y de una alteza insuperable. En otra raza menos elevada que la helénica, la de los persas, y á la cual le fué truncado su natural des-

envolvimiento, sólo hemos podido observar una gran aptitud para la adaptación y comienzos de una grandísima transformación del arte importado entre ella.

Pero además de estos ejemplos que acabamos de citar, la mayor parte de fecha muy lejana, hay otros muchos más modernos, cuyas manifestaciones son aún recientes, que muestran la gran transformación que toda raza tiene que imprimir á las artes adoptadas por ella. Tales ejemplos son más típicos tratándose de pueblos que profesen una misma religión; pero que sean de orígenes diferentes, como sucede entre los musulmanes.

Cuando, en el siglo VII de nuestra Era, los árabes se apoderaron de la mayor parte del viejo mundo grecorromano y fundaron el gigantesco imperio que se extendió bien pronto desde España al centro de Asia y á todo lo largo del norte de Africa, se hallaron con una arquitectura muy bien determinada, la arquitectura bizantina, que ellos adoptaron sencillamente, desde el principio, lo mismo en España que en Egipto y Siria, para la edificación de sus mezquitas. La mezquita de Omar, en Jerusalén, la de Amrú en el Cairo y otros monumentos pertenecientes á las primeras construcciones de la naciente civilización nos lo muestran. Pero tal estilo comienza pronto á perder entre los árabes su propio carácter y se le ve transformarse con rapidez al avanzar del tiempo y levantarse nuevas edi-

ficaciones. En nuestra *Historia de la civilización de los árabes* hemos expuesto el génesis de estos cambios, los cuales son de tal manera considerables, que entre un monumento de los comienzos de la Conquista, como la mezquita de Amrú, en el Cairo (742), y la de Kaid Bey (1468) del fin del gran período árabe, no hay rastro alguno de semejanza. Hemos hecho ver, por nuestras explicaciones y láminas, que en los diversos países sometidos á la ley del Islam: España, Africa, Siria, Persia é India, los monumentos presentan diferencias tan considerables, unos respecto á otros, que es de todo punto imposible clasificarlos bajo una misma denominación, como se puede hacer, por ejemplo, con los monumentos góticos que, no obstante sus variedades, presentan una evidente analogía.

Estas diferencias radicales, en los países musulmanes no pueden ser atribuidas á la diversidad de creencias, puesto que la religión es la misma en todos ellos; debe en su origen á la variedad de razas, que influye sobre la evolución de las artes tan profundamente como sobre los destinos de los imperios.

Si semejante aserción es exacta, debemos esperar encontrarnos en un mismo país habitado por razas variadas, monumentos asimismo variados también, no obstante la unidad de creencias y de dominación política. Esto se puede observar muy bien en la India. En la gran península es donde

más en abundancia se hallan ejemplos que vengan en apoyo de los principios generales expuestos en esta obra. La India constituye el más sugestivo y el más filosófico de los libros de historia. Es hoy la única comarca, en efecto, donde por simples imitaciones de lugar no podemos trasladarnos con el pensamiento á otros y otros tiempos y contemplar al vivo la serie de etapas sucesivas que la humanidad ha tenido que atravesar hasta conseguir todo alto nivel de civilización. Todas las formas de la evolución se encuentran allí; la edad de piedra tiene sus representantes, como la del vapor y la electricidad. En ningún lado como en la India se podrá apreciar con exactitud el papel que hacen los grandes factores que presiden el génesis y la evolución de las civilizaciones.

Aplicando los principios desenvueltos en la presente obra, trato de resolver un problema propuesto á los hombres desde tiempo ha: el origen de las artes en la India. El asunto es sumamente desconocido y dando lugar á una interesante aplicación de nuestras ideas sobre la psicología de las razas, vamos á reunir aquí los puntos más esenciales (1).

Desde el punto de vista de las artes la India no aparece hasta muy tarde en la historia. Sus más

(1) Para los detalles técnicos que no puedan ser expuestos aquí, remito al lector á mi obra *Los monumentos de la India*.

antiguos monumentos, tales como las columnas de Asoka, los templos de Karlí de Bharhut, de Sanchi, etc., datan de apenas dos siglos anteriores á nuestra Era. Cuando fueron construídos, la mayor parte de las civilizaciones del mundo antiguo, tales como la del Egipto, la de Persia y la de Asiria y aun la de Grecia, habían terminado su ciclo y penetrado en las obscuridades de la decadencia. Una sola civilización, la de Roma, se enseñoreaba del mundo del pensamiento y del arte, así como el pueblo romano también se adueñaba del mundo.

La India, que emergió tan tardíamente de las sombras de la historia, bien pudo recibir elementos de las civilizaciones anteriores á la suya; pero el gran aislamiento en que generalmente se supone que había vivido y la admirable originalidad de sus monumentos, sin parentesco aparente con los de anteriores civilizaciones, han hecho que por largo tiempo se desechase la idea de que recibiesen extranjeras influencias.

Además de su innegable originalidad, los monumentos indostánicos muestran una superioridad de ejecución que en la continuación del tiempo no habría de ser sobrepujada. Obras de tal perfección tenían que haber sido precedidas de tentativas numerosas; pero á pesar de haberse hecho multitud de indagaciones, ninguna huella, ningún monumento inferior, revela que se hiciesen tales tentativas.

El reciente descubrimiento, hecho en algunas re-

giones aisladas del noroeste de la Península, de trozos de estatuas y restos de monumentos reveladores, evidentes de influencias griegas, había hecho creer á la mayoría de los indianistas que la India debía sus artes á los griegos.

La aplicación de los principios que he dejado expuestos y el examen profundo de la mayoría de los monumentos existentes aún en la India, nos conducen á una solución muy diferente á la de admitir la influencia griega. Según nuestra opinión, la India, sin embargo de su accidental contacto con la civilización griega, no ha adoptado ninguna de sus artes ni pudo adoptarlas. Aquellas dos razas puestas en situación de convivencia, jeran tan diferentes, tan desemejante su respectivo pensamiento y sus genios artísticos tan incompatibles para que hayan podido recíprocamente influirse!

El examen de los antiguos monumentos diseminados por la India, muestran inmediatamente, además, que entre el arte indio y el arte griego no existe parentesco alguno. El más superficial estudio prueba que considerando las obras de uno y otro pueblo, nos hallamos frente á dos razas por todo extremo diferentes y que no han existido genios más desemejantes—yo diría más antipáticos entre ellos—que el genio griego y el genio indio.

Esta noción general se acentúa á medida que se penetra más en el estudio de los monumentos de la

India y en la psicología de los pueblos que los han producido. Uno comprende bien pronto que el genio indio es sobradamente personal para sufrir una influencia extranjera lejana de su especial manera de pensar. Se podrá imponer violentamente tal influencia; pero por muy prolongada que su forzada acción se suponga, permanecerá muy en la superficie del espíritu del pueblo obligado á sufrirla y en una estabilidad hartamente transitoria. Parece que entre la constitución mental de las diversas razas de la India y la de los otros pueblos del Globo hay barreras tan altas como los formidables obstáculos establecidos por la Naturaleza entre la península indostánica y las demás comarcas del mundo. Es el genio indio de tal modo singular, que la imitación de cualquier objeto que la necesidad le imponga da por resultado un objeto diferente del modelo, con marcado carácter indico. En la misma arquitectura, donde los elementos extraños importados son difíciles de disimular, la personalidad de este raro genio, su facultad de transformar rápidamente, se revela bien á las claras. Se puede encargar de copiar una columna griega á un arquitecto indio; pero no se le puede impedir de transformar la copia rápidamente en una columna que á primera vista se calificará de india. Ahora mismo, que la influencia europea es allí tan poderosa, se observan diariamente transformaciones así. Dad á un artista indio un modelo cualquiera para que le

copie, y adoptará las líneas generales, exagerará ciertas partes, multiplicará, deformándolos, los detalles de ornamentación, y la segunda ó tercera copia habrá perdido todo carácter extranjero, para tornarse exclusivamente india.

El carácter fundamental de la arquitectura india—y este carácter se encuentra en la literatura, muy emparentada por esta razón con la arquitectura—es una exageración desbordante, una riqueza infinita de detalles, una complicación que es precisamente el antípoda de la simplicidad correcta y fría del arte griego. Estudiando el arte indio es como mejor se llega á comprender hasta qué punto las obras plásticas de una raza se hallan siempre en relación estrecha con la constitución mental de la misma y forman la más clara de las lenguas, para el que sabe interpretarla. Si los indios, como los asirios, hubiesen desaparecido totalmente de la historia, los bajorrelieves de sus templos y sus monumentos serían suficientes á revelarnos su pasado.

Lo que sobre todo nos dirían es que el espíritu metódico y claro de Grecia no pudo ejercer la más ligera influencia sobre la imaginación desbordante y rebelde de los indios. Aquellas obras de arte nos dirían, asimismo, por qué la influencia griega en la India no pudo nunca ser más que transitoria y limitada siempre á la región donde hubiera sido momentáneamente impuesta.

El estudio arqueológico de los monumentos nos ha permitido conocer, mediante documentos precisos, lo que el conocimiento general de la India y del espíritu indio revela inmediatamente. Tal estudio nos ha llevado á descubrir el hecho curioso y muy respetado, especialmente durante los dos primeros siglos de nuestra Era, de que muchos soberanos indios estuvieron en relación con los reyes Arsácidas de la Persia, cuya civilización estaba muy influida por el helenismo y quisieron introducir en el Indostán el arte griego, pero no consiguieron que arraigara.

Este arte tuvo en la India siempre un carácter oficial, no encarnó nunca el pensamiento del pueblo adonde había sido importado y desaparecía al mismo tiempo que la influencia política que le hubiera transportado allí. Era, además, antipático al genio índico, para que hubiese logrado tener, ni aun en los períodos en que fué impuesto, ninguna influencia sobre el arte nacional. No se halla, en efecto, en los monumentos indios contemporáneos ó posteriores á dichas imposiciones, como son numerosos templos subterráneos, rastro alguno de influencia helénica. Esto es demasiado visible para permanecer desconocido, porque además del conjunto, que es siempre característico, hay detalles técnicos que revelan en seguida la mano de los artistas griegos y que allí no se hallan.

La desaparición del arte griego en la India fué

tan súbita como su aparición, y esta rapidez muestra cómo fué aquel un arte de importación, oficialmente impuesto, pero sin afinidad alguna con el pueblo que había de aceptarle; y no es así como desaparecen las artes arraigadas en un nuevo pueblo, sino que se transforman en él y el arte nuevo toma siempre alguna cosa del arte del cual es sucesor. Venido bruscamente á la India el arte griego, bruscamente desapareció de allí, sin haber ejercido influencia alguna, como sucede á los monumentos europeos que los ingleses vienen construyendo.

La ausencia total de influencia que allí tienen las artes europeas, no obstante hacer más de un siglo que allí dominan absolutamente los europeos, se puede equiparar á la poca influencia ejercida por las artes griegas hace diez y nueve siglos. No se puede negar que hay en esto una incompatibilidad de sentimientos estéticos, porque las artes árabes, siendo en el Indostán extranjeras como las europeas, han sido imitadas en todo el país. Hasta en los parajes donde los musulmanes no han ejercido ninguna dominación es raro hallar un templo que no contenga algún motivo de ornamentación árabe. Sin duda que, como sucedía en tiempos del rey Kaniska, hallamos hoy algún rajah, como el de Gwualior, que inducido por la grandeza del poder de los extranjeros dominadores, se hace construir un palacio europeo de estilo greco-

latino; pero este arte oficial, superpuesto al arte indígena, carece de todo influjo sobre el espíritu artístico de aquel país.

El arte griego y el arte indio existieron uno junto á otro en la antigüedad, como existen hoy el último y el arte europeo, pero sin influirse recíprocamente. En lo que concierne á los monumentos de la India propiamente dichos, se puede afirmar que no hay ni uno solo que presente en su conjunto ni la más lejana semejanza con monumento alguno del arte griego.

Esta especie de impotencia del arte griego para hacerse adoptar en la India es muy chocante, y se debe atribuir á esa especie de incompatibilidad, que según hemos mencionado existe entre las almas de entrambos pueblos, y no debe achacarse incapacidad del indio para asimilarse las artes extranjeras, puesto que vemos que adopta y transforma las artes que se hallan en relación con su constitución mental.

Los documentos arqueológicos que hemos podido reunir nos han mostrado que es de la Persia de quien la India tomó los primeros modelos progenitores de sus artes; pero no de la Persia helenizada del tiempo de los Arsácidas, sino de la Persia heredera de las viejas civilizaciones de Asiria y de Egipto. Es sabido que cuando Alejandro destruyó, 330 años a. de J. C., la dinastía persa de los Aqueménidas, aquél pueblo tenía una bri-

llante civilización. No había encontrado sin duda la fórmula de un arte nuevo; pero las combinaciones del arte egipcio y el asirio, que antes heredara, habían producido obras de gran relieve. Podemos juzgar por las ruinas de Persépolis. Allí, los propileos de Egipto, los toros alados de Siria y algunos elementos griegos nos manifiestan que se hallaban reunidas en esta limitada región del Asia las artes de las grandes civilizaciones anteriores.

Fué á Persia donde la India vino por aquellos primeros elementos de su evolución artística; pero en realidad, tales elementos fueron de las artes de la Caldea y el Egipto, que la Persia empezaba á asimilarse.

El estudio de los monumentos de la India revela de qué elementos extranjeros han tomado su origen; pero á fin de hallar tales elementos hay que dirigirse á los más viejos monumentos, que el alma de los indios es tan especial que á los elementos adoptados le imprime tal transformación al acomodarlos á sus concepciones, que pronto pierden el sello de su origen y queda éste borrado en las nuevas obras.

¿Por qué la India que se ha mostrado tan inepta para adoptar la civilización griega se muestra tan capaz para asimilarse la de Persia? Es evidente que las artes de esta nación se hallaban muy en armonía con la estructura del espíritu indio, mientras que no lo estaban, en absoluto, las de Grecia.

Las formas sencillas, las superficies poco adornadas del arte griego, no podían convenir con el espíritu indio. En cambio las formas complicadas, la exuberancia de la decoración, la riqueza de la ornamentación de los monumentos de la Persia, debían seducirle.

No ha sido solamente en aquella época lejana anterior á nuestra Era, cuando la Persia, representante de las artes de Egipto y Asiria, ha ejercido mediante sus artes, influencia en la India, no: cuando, muchos siglos después, los musulmanes aparecieron en la gran Península, su civilización, al pasar á través de la Persia, se había saturado profundamente de elementos pérsicos, y lo que llevaron á la India fué un arte persa, más que otra cosa y que aún contenía el sello de su tradición asiria continuada por los reyes Aqueménidas. Las puertas gigantescas de las mezquitas y sobre todo los ladrillos esmaltados que recubren las paredes de estos templos, son vestigios de la civilización caldeoasiria. Este arte se le asimila el indio aún, porque se halla en estrecha relación con el genio de su raza, mientras que el arte griego antiguamente, y hoy el arte europeo, no han encontrado acogimiento entre las razas habitantes de la gran Península, porque son profundamente antipáticos á su manera de sentir y de pensar.

No es, pues, con la Grecia, como aún sostienen los arqueólogos, con quien la India se relacionara,

sino con Egipto y Siria, por mediación de Persia. El Indostán nada debe de su civilización á los helenos, sino que aquél y éstos acudieron al mismo manantial, al tesoro común, fundamento de todas las civilizaciones, elaborado durante muchos siglos por Egipto y Caldea. La Grecia adoptó estas civilizaciones por mediación de los fenicios y los pueblos del Asia Menor; la India por la de los persas. Así es que las civilizaciones griega é india se remontan en su origen á una fuente común, si bien en cada uno de estos pueblos el curso seguido por cada una de entrambas civilizaciones, al partir de aquel origen común, ha sido diferente, según el genio de cada raza, en una completa y recíproca divergencia.

Pero si, como ya hemos dicho, el arte se halla en una íntima relación con la constitución mental de la raza, y si por esta misma razón un mismo arte adoptado por razas desemejantes reviste en seguida formas muy diferentes, debemos explicarnos por qué la India, habitada por razas diversas, presenta también gran diferencia entre sus artes similares, no obstante su comunidad de creencias.

El examen de diferentes regiones de la península indostánica muestra al punto cuán cierto es esto. La diferencia entre sus monumentos es de tal relieve que los hemos podido clasificar por regiones, es decir, según las razas que las ocupan,

y de ningún modo se puede conseguir esto siguiendo la religión profesada por los pueblos productores de tales monumentos. No existe ninguna analogía entre los monumentos erigidos en el Norte y los erigidos en el Sur en una misma época y por pueblos que profesaban creencias comunes. Hasta durante la dominación musulmana, es decir, durante el período en que la unidad política fué más completa y por tanto mayor la influencia del poder central, los monumentos puramente musulmanes presentan profundas diferencias de un poder á otro. Una mezquita de Ahmedabad, otra de Agra, otra de Lahore y otra de Bijapour, aunque consagradas á un mismo culto, no tienen unas con otras sino un lejano parecido, menor aún que el que presentan entre sí los monumentos del arte gótico y los del Renacimiento.

Y no es solamente la arquitectura lo que difiere en la India de una á otra raza, no: la estatuaria varía también de región á región y no sólo por los tipos representados, sino que también por el modo de ser tratados. Compárense los bajorrelieves ó las estatuas de Sanchi con los de Barhut y, aunque contemporáneos, se verá que la diferencia es manifiesta. Aún es mayor la diferencia que se halla comparando estatuas y bajorrelieves de la provincia de Orissa con estatuas y bajorrelieves de Bundelkan, ó las estatuas de Misore con las de las grandes pagodas del Sur de la Península. La in-

fluencia de la raza aparece por todas partes, hasta en los menores objetos artísticos; nadie ignora cuán diferentes son entre ellos los de una y otra comarca de la India; no se necesita tener un ojo muy experto para distinguir un cofre de madera esculpida hecho en Misore de otro análogo hecho en Guzarate, ni para distinguir una alhaja fabricada en la costa de Orissa, de otra fabricada en Bombay.

La arquitectura india, como la de todos los pueblos de Oriente, es una arquitectura singularmente religiosa; pero por grande que pueda ser la influencia religiosa, sobre todo entre los pueblos orientales, mucho mayor es la influencia de las razas.

El alma de las razas que dirige los destinos de los pueblos, dirige, por ende, sus creencias, sus instituciones y sus artes, y la encontraremos en todo elemento de civilización que sometamos á nuestro estudio. Ella es la única potencia contra la cual no prevalecerá ninguna otra; ella representa la huella de miles de generaciones, la síntesis de sus respectivos pensamientos.

LIBRO III

La historia de los pueblos como consecuencia de su carácter.

CAPÍTULO PRIMERO

CÓMO LAS INSTITUCIONES SE DERIVAN DEL ALMA DE LOS PUEBLOS

La historia de todo pueblo se deriva siempre de su constitución mental.—Ejemplos diversos.—Cómo las instituciones políticas de Francia se derivan siempre del alma de la raza.—Su invariabilidad real bajo su variabilidad aparente.—Nuestros partidos políticos más diferentes persiguen, bajo nombres diversos, idénticos fines.—Su ideal es siempre la centralización y la muerte de la iniciativa individual, en provecho del Estado.—Cómo la Revolución francesa no ha hecho más que ejecutar el programa de la antigua Monarquía.—Oposición del ideal de la raza anglosajona al de la raza latina.—La iniciativa de el ciudadano sustituye á la del Estado.—Las instituciones de los pueblos se derivan siempre de su carácter.

La historia, en sus líneas generales, puede ser considerada como la simple exposición de los resultados producidos por la constitución psicológica de las razas. Se deriva de esta constitución, como los órganos respiratorios de los peces son